

Notas sobre la política¹

Oscar Del Barco

En la última mitad del siglo todos juntos sólo somos un solo dolor; ese dolor es hoy lo que somos; ese dolor es ahora nuestro estado espiritual.

Thomas Bernhard

1.

Sobre el tema de la “política” como problema teórico existe una bibliografía inmensa, en gran parte escrita por intelectuales al margen de toda práctica que pueda realizar la “idea” del socialismo o del *comunismo* (ideas éstas que durante más de un siglo fueron el objetivo de grandes luchas “políticas” desarrolladas en el mundo). Se trata de construcciones ideales que no pueden ser confrontadas con ninguna realidad. Al decir esto no pretendo descalificarlas. Al contrario, diría que muchas de esas “construcciones” son ricas en análisis que nos permiten, incluso por oposición, entrar en la densidad de la problemática que nos plantea la *política*.

El hecho de que esas teorías, modelos ideales o utopías, no hayan podido realizarse se debe, ante todo, a lo que llamo la realidad insuperable del *Sistema* en cuanto tal. Cualquiera de las narraciones propuestas como alternativas totales al *Sistema*, carecen de viabilidad práctica. No importa lo que digan o lo que digamos (me refiero a los “intelectuales”) pues nuestros análisis no pueden dejar de ser juegos (alguien dirá: “juegos de lenguaje”) teóricos o simples deseos proyectados como ideales a realizar. A

¹ Este escrito presupone y continúa los análisis que realicé en mi libro *El abandono de las palabras* (“Crisis I” y “Crisis II”).

la pregunta clásica sobre los “sujetos” de la “revolución” y sobre el “¿qué hacer?”, las respuestas son por lo general “fantasías” bien intencionadas que se expresan en un lenguaje técnico casi incomprensible.

Respecto al *Sistema* podemos decir cualquier cosa pues siempre, aunque nos cueste reconocerlo, es el propio *Sistema* el que lo dice de sí mismo. Las “almas bellas” de lo abstracto somos también formas del *Sistema*. No estamos *en* el *Sistema* como si fuésemos “una tiza en un bolsillo” sino que *somos* o formamos parte esencial del *Sistema*. Produce espanto o lástima, pero desgraciadamente es así. Lo que lisa y llanamente llamo *Sistema* es la suma imaginaria “total” de nosotros mismos. Siempre estamos en este complejo y universalizado “nosotros mismos”, los demás son los “sueños de la razón” que engendran “monstruos”. Uno de esos “monstruos” es la idea de que todo es política, o de que la política es lo más importante, o de que es la actividad esencial de los seres humanos. Luego me referiré a un punto no-político o no-*Sistema* posible en el propio *Sistema*.

2.

Lo segundo que quiero decir es que el *Sistema* funciona *solo* (es lo que en otro contexto Marx llamó el “*gran autómeta*”), sin que exista un *lugar*, como si fuera una gran mente, donde el *Sistema* se pensaría y tomaría las decisiones necesarias para su funcionamiento. No se trata ya del sistema capitalista sino de algo que va más allá del capitalismo, de algo posiblemente indefinible, de algo que carece de esencia y se encuentra en un movimiento constante de transformación y dispersión o universalización. Al no tener esencia puede *hacer lo que quiera*, pero sin quererlo, ya que, repito, no existe en él ningún lugar dador de sentido, ya sea que pensemos en una mente o en una suerte de autoconciencia que planifique y decida sobre él mismo en totalidad. Su manera de actuar más superficial es la cooptación, el asimilar, el aniquilar, desplazar, retroceder, corregir, avanzar, condensar, diluir y *crear* (podríamos decir que es en acto un *feedback* casi absoluto); ¡puro éxtasis y pura motilidad en una misma dispersión y

concentración instantánea! Si no produjera escándalo podríamos hablar de una suerte de *milagro* realizándose ante nuestros ojos e implicándonos de una manera fuerte. Añadiendo que se trata de la sobredeterminación causal que nos ha convertido a los “intelectuales” en “almas bellas” (aunque pongamos el grito en el cielo negándolo), “almas” bien asentadas en una de las variables del Sistema, en este caso la variable “cultural”. Me refiero a los universitarios, profesionales, investigadores, becarios, artistas... “Almas bellas” agasajadas, mantenidas, alabadas, paseadas, enriquecidas, homogeneizadas en sus hábitos, en sus gustos, placeres y proyectos... Este es el evidente “trasfondo” con el cual el *Sistema* escribe sobre sí mismo a través de *sus* intelectuales (y *todos* los intelectuales somos *sus* intelectuales, ¡aunque hablemos como Badiou, Žižek, Negri y compañía, de la hipótesis “comunista” como de una “buena hipótesis”!, o aunque digamos esto que estoy diciendo yo en este instante). Por lo tanto sería mejor abandonar la “idea” de que el *Sistema* se puede cambiar *en cuanto tal*, porque quien “quiere” (repito, sin tener conciencia de quererlo) cambiarse es en primer lugar el propio *Sistema*, porque es al mismo tiempo pasividad y transformación, o cambio (parafraseando a Hegel podría decir que es pasividad absoluta de cambio absoluto).

3.

Creo que este punto es central, y que de ser así entonces nuestra vieja idea de la “política” entendida como acción revolucionaria consciente encaminada a una transformación total de la sociedad o “Comunismo”, ya no es sustentable. El *Sistema* entendido como una (*casi*) totalidad económico-social y cultural, o como modo de producción basado en la propiedad privada, no puede ser revolucionado *in toto*, salvo en la imaginación o en la “teoría” de intelectuales y de minúsculos grupos de “izquierda”, ya sean leninistas, trotskistas, maoístas, guevaristas

4.

A partir de esta afirmación la pregunta que se plantea es casi obvia: ¿qué podemos hacer quienes queremos cambiar este mundo de explotación y violencia por un mundo sin explotación y sin guerras, por un mundo más igualitario y más justo? Lo primero que se me ocurre decir es que no se puede dar *una* respuesta, no se puede afirmar como si fuera un deber-ser lo que se debe o no se debe hacer. Las acciones que se pueden hacer, y que de hecho se hacen, son innumerables y dependen de cada uno. Ante todo yo diría que podemos *resistir* la “maldad” del *Sistema*, lo podemos enfrentar y tal vez derrotar en “puntos” determinados de su violencia social, económica, política o ideológica. Pero además de *resistir* los seres humanos podemos *crear*, engendrar, abrimos a la manifestación de nuevas formas de comunidad. Las rupturas de los compartimentos estancos que la propia motilidad del *Sistema* realiza permiten y promueven todo tipo de movimientos de resistencias, como por ejemplo las luchas contra la polución ambiental o las de quienes defienden la naturaleza y los animales. Existe un *mundo* de problemas, a los que la vieja política ignoraba o pretendía subsumir en sus propios enrejillados, que hoy se expande errático por el cuerpo social. Las transformaciones en el campo del “arte”, de las relaciones sexuales, de la heterodoxia religiosa, o el ateísmo místico y los movimientos gnósticos, se producen en un mismo impulso y tienden a permear y destruir todos los enclaustramientos, y ante todo el enclaustramiento de los “partidos políticos” autoerigidos como los únicos lugares de una posible resistencia al *Sistema*. Los religiosos buscan reconstruir sus propios fundamentos metafísicos y plantean, a través de sus teólogos (ya sean cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, budistas, etc.), la “existencia” de un *otro-que-dios*; los homosexuales, las lesbianas, los transexuales, así como los múltiples y complejos movimientos “ecologistas” y de derechos humanos, plantean transformaciones radicales en sus propios ámbitos. Podríamos decir que la resistencia y la creatividad son, en resumen, formas de manifestación de potencias *determinadas*, reales y no abstractas. En *este* terreno el *Sistema* puede impedirse o cambiarse, puede introducir nuevas formas en sus estructuras y en sus acciones sin que esto implique su extinción. Más bien es al revés, porque *es* en noso-

tros esa casi absoluta plasticidad de adaptación, de destrucción de sus viejas formas y apertura a su propio inédito, a su propia suma de potencialidades, el *Sistema* constituye la realidad, su propia actual realidad, la realidad social e individual de la humanidad como *existencia*.

5.

Lo más difícil de aceptar es precisamente esto, que la “resistencia y creatividad” de los seres humanos en sus distintas situaciones no son lo *otro* del *Sistema* sino que son formas del propio *Sistema*. No hay en este espacio significativo lo *otro* del *Sistema*. Ante todo porque en última instancia, como decimos, nosotros somos los que con-formamos el *Sistema*, los que tenemos la responsabilidad de resistir (aunque resistir sea, en última instancia, resistirnos a nosotros mismos) y de crear, al mismo tiempo, las creaciones propias del *Sistema*. Si superamos la Idea de *otra* sociedad ideal y utópica, a lograr en un lejano e impredecible futuro, lo que aparece como *Sistema* es uno mismo, una conciencia que trasciende toda conciencia, un sujeto-sin-sujeto, un yo-sin-yo. ¿Cómo llamar a *esto*? ¿Un *estado*? ¿Un *estado* comparable a la conciencia-trascendental kantiana o a un “eso” sin nombre o que cuando se lo nombra deja de ser? ¿En este punto supremo estamos fuera de la política? No importa el nombre, pero ya se trate de política, de im-política o de un indeterminado más allá de la política, el problema que se vuelve a plantear legítimamente es el de ¿*qué hacer* con *eso* o “en” *eso*? Sólo en *eso*, en ese punto supremo, es posible salir del *Sistema* (por eso, por ese punto digamos de *falla* me referí a una *casi* totalidad), no como un *deber* sino como la necesidad propia de la manifestación de *ser* en esta *libertad* a la que llamamos “humana”. Habría, en consecuencia, un *más* que *Sistema*. Y es allí, en ese *más*, en ese vacío, donde el *Sistema* manifiesta y oculta su relatividad. Es en esta *falla* o hueco, incluso antes que la resistencia y la creación, donde se manifiesta lo abierto del *más-que-Sistema*. Se trata de la “discontinuidad” como fondo último que “escapa a toda referencia al Uno”, de un *más* inaccesible que rompe la unidad de toda sustancia. Pero ese *más* no es conceptualizable como “cosa” a

lograr, sino que es sin ser una espera de nada (de cosa), no un deseo de algo sino un deseo-sin-deseo (de algo). Digamos, lo in-nombrable.

Según Blanchot: “El yo finito piensa lo infinito. En este pensamiento el pensamiento piensa lo que lo supera infinitamente y del cual él no podría rendir cuenta por sí mismo: él piensa así más de lo que él piensa. Experiencia única. Cuando pienso el infinito pienso lo que *no puedo pensar* [...]: tengo un pensamiento que supera mi poder, un pensamiento que, en la medida en que es pensado por mí, es la absoluta superación de ese yo que lo piensa, es decir una relación con lo que está absolutamente fuera de mí: el otro”. Tal vez en este sentido deba interpretarse lo que dice de J.L. Nancy en “Comunismo, la palabra”: “[...] en cada necesidad está implicado lo infinito como su verdadera esencia. Tenemos que entender la necesidad como un impulso a obtener algo (como pan, agua o espacio), pero también como incentivo a *algo que no es una cosa y que tal vez no sea sino lo infinito*” (yo subrayo).

Lo que así entra en el discurso es un *más* que empírico y un posible más-que-trascendental (el hacer *como si* Dios existiera; un “Dios” sin determinaciones posibles, o un Imposible “Inaccesible”: contra toda Unidad y Sustancia, la huella sin huella, el Ser-sin-Ser). En lo (en última instancia relativo) cerrado del *Sistema* lo esencialmente abierto de una otreidad innombrable, sin la cual no *hay* nada. El *hay* como infinita *apertura* es la posibilidad de todo posible. Y en esta afirmación quisiera hacer girar el tema de la posibilidad de un concepto un poco loco de “política”.

6.

Es en ese *otro que Sistema*, en ese *hay* post-trascendental, donde muere o se extingue la *política* y donde surge como *acto* fundante (a partir de la caída de *todo* fundamento) y, a la vez, Imposible, el *Imposible* “amor” que pide incluso, hiperbólicamente, amar al enemigo. Pero desde allí, desde ese *Imposible*, “políticamente”, si es que la palabra aún le cabe, es posible volver a plantear el mandato no-posible pero a la vez el único posible, de la compasión, de la piedad, de la solidaridad y la hospitalidad, en otras palabras, el acto del *amor* como *amor-real*, me atrevería a decir ontológico. Sin

esas *formas*, repito subsumidas en un nombre y “ontologizadas” (dándole “un codazo”, o fuera o por sobre toda ontoteología), no hay *espíritu* y sin *espíritu* no hay comunidad ni hay hombre, pues “llamamos” *hombre* precisamente a *esa* manifestación trascendental del *amor*. Tal vez la única “política” posible, más allá de los niveles opresivos, oprobiosos y trágicos del *Sistema*, a los que hay que resistir y combatir, sea el *amor*. Un extremo que no necesita convalidación trascendente y que por lo tanto no puede plantearse como un deber-ser. Y si se lo plantease como un deber-ser ético-religioso estaría siempre sometido a la libertad, vale decir a un mundo de indecisiones, de indecibilidades y de falencias. Ese es el punto de hiancia del *Sistema*, un punto de intensa “subjetividad” donde *puede* darse, como acto o como estado, algo que de manera muy indecisa, por la confusión que puede acarrear, podríamos llamar *política-sin-política*, entiéndase (y vuelvo a repetirme) sin el viejo encuadramiento burgués de la “política”.

7.

El *Sistema* implica resistencias; aunque las resistencias al *Sistema* sean formas sofisticadas y necesarias del propio *Sistema*. Esta es la base de la política propia de los partidos políticos, sean cuales sean sus objetivos. Pero no obstante *en* el propio *Sistema* existe un punto de no-sistema real que arrastraría en su extremo una falla in-significante pero, a la vez, mortal, algo que con palabras del poeta podríamos llamar lo *Inmenso* como luz (“me ilumino de inmensidad”). Salir del *Sistema* a través de la muerte del *sujeto* (y sus sucedáneos: alma, yo), muerte de lo mismo, o un “más allá del hombre” o “ya no hombre”; una muerte que es muerte y no muerte, es muerte de esta constitución digamos ideológica que es el “hombre”, y, simultáneamente, manifestación de lo otro-que-hombre, pero planteado, esta vez sí, como *telos* “político-religioso” (no como categorías de lo político sino como forma-de-vida).

8.

Resumiendo: a) existe la política-política, llamémosla clásica, que se pro-

pone participar en la administración del *Sistema*. Es este espacio se inscriben las miles de formas de la resistencia. Y este orden siempre es asimilable por el *Sistema* por cuanto le pertenece como sus propias formas aunque puedan aparecer imaginariamente como negativas; b) en la hiancia que podríamos llamar *amor*, o con cualquier otro nombre que creamos pertinente, los humanos nos hallamos ante el abismo de una errancia libre y desconocida. No obstante ese es el lugar trascendental sin retorno al *Sistema*, o su *más*, su *exceso*. Esto no significa que no haya retorno a lo empírico cotidiano, inevitable por otra parte, pero que ahora se produce, según el relato budista, a dos centímetros sobre la tierra, se vive como suspendido en el aire, en el “vasto vacío”, en el “no sé”, etc.

9.

Después de las grandes guerras, de los genocidios y las matanzas, del hambre y la venta de órganos de niños, entre otras tantas e infinitas monstruosidades, ¿la “política” puede seguir siendo “política” como si no hubiera pasado nada, como si sólo existiera la libertad de las almas bellas de los intelectuales marcando sus ritmos mediáticos o el mundo empírico que nos brinda el capitalismo? Si después de Auschwitz no se puede, como dijo Adorno, seguir escribiendo poesía (al menos una “poesía” como si Auschwitz no hubiera existido) ¿se puede seguir *viviendo* como si no hubiera existido? ¿Podemos seguir viviendo como si el llamado “proceso” argentino no hubiera existido?

Incluso dentro de lo empírico, ¿no estaremos en el tiempo de plantear con carácter urgente el *abandono* y la *pobreza*, incluso dentro del *Sistema*?

Existen infinidad de cosas “positivas” que pueden hacerse dentro del *Sistema*, pero hay que hacerlas. No sólo hablar de hacerlas sino hacerlas. Esta es la cruz de la política y de las “bellas almas” que seguimos hablando del sufrimiento y del dolor pero aferrados a nuestros privilegios y regalías. Es posible que nuestro primer acto “político” consista en superar nuestro cinismo objetivo. Hablamos de corrupción y no pagamos nuestros impuestos, hablamos de la miseria y no somos capaces de abandonar ni un

centímetro de nuestras posesiones; hablamos y nos compadecemos de todo, mientras todo sigue igual y cada uno de nosotros en primer término. Y no se trata de un deber-ser, ni de moralismo, ni de mística, sino de la realidad cotidiana. Hoy el *Sistema* nos deja hablar e incluso, tal vez, pasar al acto. Y posiblemente esta sea su más auténtica y última “astucia”: dejarnos ser y hacer lo que queramos mientras él permanece inamovible en la grande y horrible tarea de su existencia.

10.

En una página del diario de hoy, 29 de abril del año 2010, se informa de la muerte de una bebé de 4 meses en estado de inanición y con hematomas en todo su cuerpo a causa de los golpes, además se informa de 28 niños apuñalados en una guardería en China, y de la detención del padre y el hermano de una niña que fue abusada desde los seis años... En este contexto efectivo, real, espantoso, es donde deberíamos pensar no sólo la “política” sino nuestra *responsabilidad*, y en consecuencia, y en lo posible, no seguir hablando como profesores o sacerdotes dueños de la verdad, como administradores del “sentido” del mundo que ellos, los que ante todo lo padecen, desconocerían. Sí, el mundo es en gran parte una carnicería, pero además esa carnicería es, en última instancia, lo que *somos* y *lo que hacemos*. Este es el inmenso dolor de la ética, la exigencia inmanente de vivir de otra manera, de vivir en contra incluso, o ante todo, de nosotros mismos. Ser capaces de hacer corresponder lo que decimos con lo que hacemos. Una ética *loca*, sin imperativos, sin deber-ser, sin *todo*.

Epi-logos

Ante las afirmaciones de Foucault según la cual “debemos producir algo que aún no existe y que no podemos saber qué será”, “...algo totalmente diferente, de una total innovación”, yo diría que de eso se encarga siempre el *Sistema* convirtiendo lo otro en lo “Mismo”. Me parece que más bien se trata de abandonar toda utopía, todo “futuro”, y trabajar en el

orden de la *intensidad* del espíritu-autoconsciente. Podríamos preguntarnos si la bio-política puede llevar el *Sistema* a una auto-contradicción fatal, en cuyo caso la destrucción del *Sistema* sería una autodestrucción del orden de lo inconsciente. Así el desarrollo acelerado de la técnica *podría* alguna vez concluir en una catástrofe. Es posible, pero de nada sirven esas elucubraciones. Pienso que actualmente es ese lo *Mismo* lo que habría que exacerbar hasta el punto de su inefabilidad, quiero decir hasta el punto de no-saber-ser. La bio-política, la total “innovación” biológica, es el acto que ya realiza el *Sistema* en la naturaleza, en los animales, y que comienza a hacer en la especie humana. El *Sistema* construirá hombres sin contenido y es posible, por qué no, que en el futuro construya sus propios hombres, hombres con *su* propio contenido. Es una ficción, pero una ficción ya en vías de estudios y experimentación...

Mientras tanto, y pienso de nuevo en Foucault como referencia obligada, lo que yo me atrevo a plantear es otra cosa; digamos, este hombre pero des-temporalizado, o muerto si la muerte es posible como forma de Vida. Lo que digo podría tal vez coincidir con Nancy cuando afirma que “el comunismo es el acto del habla de la existencia”, pero entendiendo el habla como habla-sin-sujeto, como una común-idad-sin-hombre, un *común* más allá de toda comunidad-de-hombres, y entendiendo “sin-hombre” ante todo como sin-*este*-hombre. ¿A esto se lo podría llamar aún “comunismo” o se trata de una palabra muerta e inutilizable a causa de los crímenes realizados en su nombre? ¿Por qué generalizar, por qué pensar en un “para todos”? ¿No es posible desmigajar el todo y pensar y desear comunidades sueltas, libres, pequeñas comunidades de amigos “comunistas”, poetas, místicos, budistas, amantes de la música clásica o del rock o del folklore? ¿Por qué querer subsumir a la *humanidad* en un Uno-Común totalitario y no pensar en un hormiguero de acciones y de pasiones abiertas, individuales o comunitarias, donde los hombres puedan crear libremente sus propias vidas?

Una “política” religiosa en cuanto pensar *en* dios o como dios (entendido como *dios sin dios*) o en ese Dios que según Levinas no tiene nombres sino que *es sin ser*, o hacer *como si* Dios existiera, según sostenía Kant, ¿abriría a la posibilidad de pensar en el *Amor* como fuerza ontológica y desligada, como “puro amor”, como *don* absoluto (es decir sin donante, sin

donatario y sin explicación)? ¿Sería “política” ese vivir a la *espera* del Imposible dios, de ese dios que sólo es *Espera...* pero una espera que tiene consecuencias graves, ya que saca todo fuera de sus goznes, hacia lo-otro-que-mundo? ¿Es posible una “política” que no parta de la unidad de un Sistema sino de la diferencia del *más* inaprensible, de la imposibilidad de cerrar un todo, una sustancia, un dios; o una “política” que no escinda el discurso filosófico-teológico-místico por un lado y la teoría y la práctica política por el otro, sino que piense y haga política a partir de y en ese *dios imposible*?

La política, según Pascal, es fuente de un conocimiento paradójico: el conocimiento de su “esencial vanidad”. Proyectado contra el trasfondo de un *Eso* absoluto todas nuestras acciones podrían someterse al “vanidad de vanidades” bíblico. Teniendo en cuenta que esta proyección lejos de quitarnos responsabilidad nos instala en la presencia actual y constante de esa “divinidad” a partir de la que se realizan los actos humanos. Por otra parte es necesario no confundir lo que llamo el des-ser del “hombre” con la falta de responsabilidad, argumentando que es contradictorio hacer de un hombre que no existe un ser responsable. Hay que asumir la paradoja de que no existe “hombre” en lo *abierto-trascendental*, pero que sí existe hombre empírico, investido por consiguiente con toda la carga real del mundo y de la sociedad.

No dejan de ser sorprendentes las palabras que dejó Heidegger para ser publicadas después de su muerte. Dice que “sólo un Dios puede salvarnos”, y que sin ese Dios salvador y esperado, nos hundimos en la catástrofe. Es mucho decir, por supuesto, ya que implica tres conceptos fundamentales: el de la espera, el de la salvación, y el de Dios. Este es un tema que por lo común no es tratado por los que piensan teóricamente la “política”, sin embargo a mi juicio constituye el núcleo al que nos conduce la propia e innegable “crisis” de la política, tanto en la teoría como en la práctica. Heidegger está pensando en un Dios no personal, no eclesial, fundamentalmente no católico. Creo que piensa en lo *abierto absoluto* como “salvación” en la medida en que el hombre sepa “habitar” en ese lugar o como ese lugar. Es posible que también se trate de una utopía pues se proyecta a una temporalidad futura, mientras que ese *lugar* es no sólo lo *abierto* sino que es además lo instantáneo y lo extático. Puede parecer absurdo plantear que la *política* comience con un éxtasis, pero a mi juicio no exis-

te otra *alternativa* frente a la política entendida sólo como administración de la cosa pública y sólo como “resistencia” al *Sistema*.

Si todo es *en Dios*, como dice Spinoza, hay que sacar las consecuencias “políticas” de una afirmación semejante, y la primer consecuencia “política” ha de ser, me parece, la exigencia de la intuición “divina” (más allá de las teorizaciones “democráticas” a las que es sometido Spinoza). Los actos tienen que adecuarse al pensamiento. “Intuye a Dios y haz lo que quieras” podría ser una transcripción política del dicho spinozista, pero también agustiniano e incluso nietzscheano. No deja de ser significativo que por lo común los spinozistas dejen de lado las observaciones esenciales en cuanto “políticas”, además de teológicas, respecto al hecho de vivir *en Dios* y de la intuición de Dios.

El hombre no es un *medio* para otra cosa sino un *fin en sí mismo*. El hombre no tiene un carácter utilitario, no es un instrumento, sino lo *trascendental* en cuanto lo *abierto de la manifestación* del ser o de Dios o de la Divinidad como *presupuesto* absoluto. El hombre es cualquiera, es *todos*, desde el más mísero hasta el hombre *soberano* de Bataille. Entendiendo por “soberano” al “sujeto” (tachándolo) de la suprema “intensidad” que he llamado *trascendental*. En *esto* todos los hombres somos iguales. Podríamos decir, liberando a la palabra, que somos común-istas.

Resumo: las resistencias al *Sistema* son múltiples y diferenciadas, van desde los movimientos donde participan millones de personas hasta movimientos moleculares, movimientos de pueblos indígenas (como es el caso actual de Bolivia y de México), movimientos gay,lésbicos, de “género”, o movimientos ecológicos, religiosos y políticos, hasta resistencias místicas, de enfermos, de presos, etc. Todas estas formas de resistencia son paradójicamente (podría decir misteriosamente, si la palabra no sonara excesiva) formas sofisticadas del propio *Sistema*. Esto no significa que carezcan de sentido, que sean subalternas o inútiles. Más bien creo que debemos abrir nuestro pensamiento para tratar de comprender (“valorar”) su incomprensible significación trascendente. Tal vez sea allí donde comience la política como *religión*: en la resistencia empírica, cotidiana, del aquí y ahora, a la “maldad” del *Sistema*.

Esposito, refiriéndose a Simone Weil, habla de un tipo de “retiro” o

“abandono” *ascético* de la política, un abandono que trata de “restringirse”, de “contraerse”, de una “reducción de la persona a lo impersonal, a lo que podría llamarse una «descreación»”, y compara este abandono con el retiro de Dios concebido por la cábala luriana. Se trata de transformar el “poder en pasión, paciencia, padecimiento, en pasividad”, en “atención respecto al otro”, en “potencia pasiva”; lo que K. Barth por su parte llamó “acción de la inacción”, una inacción que es el máximo de acción posible (¿cómo no recordar aquí la lucha *pasiva* de Ghandi?).

Por último quisiera advertir que no se trata de dar una visión transparente de la política, como si uno pudiera saber qué es la política, o como si se tratara de *entender* o como si no hubiese un *más-que-entender* y un *más-que-“política”*. Más bien se trata de someterla (incluso a la que podríamos llamar una política *sublime*) al asombro y al peligro de lo inesperado. Todo lo que se diga y piense de la política puede ser falso, todo lo que se proponga puede fracasar y producir tragedias inimaginables (como fueron las teorías y las prácticas, entre tantos otros, de Marx, Lenin, Mao, el Che...). Quien crea que puede comprender y enunciar la “verdad” de lo que llamamos “política”, corre el riesgo casi seguro de equivocarse, porque si hay algo conceptualmente falible, “incierto” dijo Patocka, es tanto la “teoría” como la “política”. La acción omnímoda del *Sistema* desbarata con su rapidez inaprensible todo intento teórico de comprenderlo, pues cuando lo captamos en un lugar ya está en otro, y cuando creemos tenerlo sólo tenemos imágenes virtuales y evanescentes. El “enemigo”, digamos, ya no es sólo el Estado sino *eso* de lo cual el Estado, todo Estado, es un modo entre tantos otros modos en los que se ha metamorfoseado el Estado como una suerte de suma irrealizable del *Sistema*. En eso inefable y sin esencia me parece que deberíamos inspirarnos haciendo de la *negatividad*, de lo invisible y desconcertante de sus mutaciones, nuestra manera de analizar, vale decir de realizar nuestra propia e impropia desconstrucción.

El *Sistema* ha mutado a una nueva “edad”. En esta nueva “edad” yo veo dos espacios que están al mismo tiempo unidos y separados: el espacio empírico donde se desarrollan las múltiples acciones de resistencia a las que me he referido, y el espacio trascendental que constituye el eje más profundo de una inédita “política” que incide en el punto donde el *Sistema*

falla, posibilitando el acceso a lo *otro*, un *otro* incomprendible pero real, lo más real en cuanto no-ser. Pero ¿se puede plantear *esto* como “política” o es algo que pertenece al orden de la filosofía, la ética o la religión? Plantearlo abre a una inmensidad, a una locura, pero no plantearlo hace de la política una acción meramente instrumental. Es, lo reconozco, una encrucijada.

Al pensar la política también debiéramos hacer un esfuerzo por desembarazarnos de la obnubilación “política” (“dad al César lo que es del César”) y de abrirnos, aunque estemos en la política, al *más* que política (dar a Dios lo que es de Dios). El *tipo* Jesús (no esperen el *reino* como algo que va a llegar porque el “reino” está en ustedes mismos) señala este abismo de la política entendida como *salvación* (¿de qué vale ganar todo sobre la tierra si perdemos ese *reino que no está en otro mundo sino que es lo otro-que-mundo en cuanto espíritu?*). El empirismo del análisis político, incluso del más sofisticado, cierra toda perspectiva trascendental y, en este sentido, permanece en la ceguera de la incredulidad. El dolor, la amistad, la muerte, entre tantos otros, parecieran ser temas ajenos a la política, así como el problema filosófico de lo trascendental, del mundo, del sujeto, y los problemas de una teología del más-allá-que-Dios, de la divinidad, del dios-sin-ser y del último Dios. Sin abocarnos (o abismarnos) en estos problemas me parece imposible pensar la “política” (quiero decir facilitar el pensamiento *de* la política). El pensamiento de la política se atasca en lo puramente empírico convirtiéndose en la sola repetición de lo mismo.

¿Desde dónde se piensa la política? ¿Desde el yo o el mundo o Dios? Pero si no hay yo, ni mundo, ni Dios ¿quién y desde dónde *se* piensa? Aquí, ahora, *yo* pienso. Pero si hemos dicho que no hay un yo que piensa ¿quién piensa? ¿El “yo” como manifestación del *eso* absoluto? ¿Cómo yo puedo pensar desde lo peor de lo peor, digamos desde el mal, si estoy aquí y ahora en el gozo relativo de la vida? ¿Cómo puedo instalarme en el dolor para pensar como dolor? ¿Se trata de un acto imaginario? ¿El “yo” (es) lo imaginario? ¿Imaginario de quién? ¿Soy una mónada o una abertura que aquí y ahora puede vivir no imaginariamente el dolor de ese otro que es mi propio *yo* como *otro*? ¿Y el *Sistema*? ¿Esto es el *Sistema*? Somos el *Sistema*. Así como una montaña es una montaña, el *Sistema* es el *Sistema*, que somos nosotros, el lugar de presencia donde se decide lo

que son nuestras decisiones. Al fin, o como fin, pensar la política en la pasión de la responsabilidad de uno mismo y de los otros.

Los intelectuales tendríamos que abandonar nuestras pretensiones evangélicas, dejar de anunciarle a la gente la “buena nueva” del “comunismo” o de lo que sea, y poner manos a la obra en este mundo, el único que existe, abandonando toda esperanza pero sabiendo a la vez que según el decir de César Vallejo “hay muchísimo que hacer”. Yo agregaría hacer un mundo y más que un mundo, un otra “cosa” (cosa-sin-cosa) que mundo.

Según Husserl ya no se trata de *dominar* el mundo sino de hacer del mundo una *comunidad absoluta* de seres absolutos. Pero esto es contradictorio dirán los teóricos, sin tener en cuenta que este absoluto no es aristotélico sino irónico-sofístico, vale decir un absoluto des-absolutizado y vuelto a absolutizar ya en lo otro-que-mundo, ¡vivan los polacos! La esencia de esa comunidad es “un amor infinito, absoluto y universal”. “El hombre finito puede llegar a tener la idea de lo Absoluto, y dejándose guiar por esta idea en su pensamiento y en su vida se coloca en una situación ética absoluta”. Husserl, el gran racionalista, habla como el filósofo que ha descubierto en su propia vida en peligro, “que sólo el espíritu es inmortal”. Toda la tradición judeo-cristiana lo ha dicho, el budismo lo ha dicho con palabras semejantes, gran parte de la filosofía lo ha dicho desde sus orígenes, incluso hasta Heidegger... Pero ¿qué significa esto para nuestra vida “práctica”, o cómo realizar al espíritu fuera de esta realidad?

¿Es posible tratar de pensar la *política* haciendo referencias a enunciados religiosos o filo-religiosos? Creo que sí a condición de pensar al “hombre” y no al “comunismo” como idea eterna; al “hombre” no-humanista como manifestación absoluta del Absoluto, tratando de separarnos al mismo tiempo de las connotaciones hegelianas “idealistas” y eclesiales que tal afirmación podría suscitar.

Si, como supo escribir Hölderlin, el hombre “habita poéticamente” la tierra, ¿es posible plantear una política-poética, sofisticada, anárquica, vale decir sin orden, sin esencia, como “la rosa que florece porque florece, sin por qué y sin para qué”? ¿es posible que la política rompa sus ataduras con la cosa-ciudad y se vuelva la insostenible posibilidad o potencia del acto plurívoco de lo pluri-versal, de lo pluri-dimensional, de una “ciudad” enten-

dida como síntesis de la eclosión de “mundo”, y de la suprema eclosión de lo que llamamos “hombre”, o de una nueva común-idad, de una nueva política ético-religiosa? Y, en su límite, es posible que el *Sistema* realice un destino y que su monstruosa y sangrienta homogeneización señale esta posibilidad (impensable) más allá de la ontoteología, más allá del “yo” y su racionalidad, más allá de todas las constituciones metafísicas? ¿Es posible una política que se identifique con las grandes realizaciones y proyecciones estético-filosóficas-religiosas del espíritu? ¿Cómo decirlo? ¿Cómo avizorar en presente una política como “habitar” en cuanto potencia insostenible (con la pura razón) del *acto* interminable de la manifestación? Alguien puede decir: “pero eso ya es, ya somos”. Es cierto, si en algún sentido no lo fuéramos nunca podríamos serlo, pero sin embargo hay que serlo-siendo. Sacar a la “política” de sus límites burgueses, de su encierro burgués, planteando los signos poderosos de lo post-humano, es decir de un más-allá-del-hombre este que somos y que está reducido-sometido a las categorías del hombre modelado y entendido como animal-racional-metafísico (“metafísica” en cuanto organización material-ideal de *mundo*), sería la tarea accesible y ya en curso de la comunidad impensable, es decir no reducible a puros conceptos y proyectos ideales, de los seres “humanos”.

A la pregunta habitual sobre *¿qué hacer?* la respuesta política-religiosa responde casi con un exabrupto: en lugar de un “terror disciplinario”, como propone ligeramente Slavoj Žižek, habría que plantear, además de la resistencia y la creación de las que hemos hablado, los viejos y siempre vigentes principios del amor, la compasión, la hospitalidad, la debilidad, la generosidad... (principios, o más bien *ruegos*, que las iglesias llamadas monoteístas ¿quién lo ignora? nunca llevaron a la práctica). Pero ¿es posible plantear esto? ¿quién podría hacer suyos realmente estos principios que también podríamos llamar con justicia modos-de-ser? Pienso que sí es posible, y que todos podríamos hacer nuestros esos principios asumiéndonos como seres absolutos, soberanos, autoconscientes e iguales en cuanto seres humanos. A partir de este punto extremo se abre la posibilidad de una auténtica “revolución” planteada como finalidad *actual* de lo humano, o de lo post-humano que, efectivamente, ya somos. Paradoja final: realizar lo que ya somos, la potencia de lo que ya somos.